

EL LIBRO, VIAJERO DE LA HISTORIA

Por EDUARDO SANTA

Resulta verdaderamente curioso que el libro y la libertad provengan del mismo vocablo, aunque con diferente significación. El pueblo latino que logró construir uno de los idiomas más hermosos de la historia de la humanidad, y más gráfico y precioso al mismo tiempo, utilizó la palabra “liber” para designar tanto el uno como la otra sin sospechar quizás la tremenda correlación que entre ellos se establecería con el decurso de los tiempos.

En realidad son muy grandes los nexos históricos que atan al más grande atributo del hombre — ser libre por antonomasia— con el más grande instrumento para llegar a serlo: el libro. Porque ser libre no es simplemente un enunciado de la filosofía política, ni algo que haya inventado el hombre de la noche a la mañana, ni es producto elaborado en el cerebro de John Locke, de Rousseau o de Montesquieu, ni derivado tampoco de la democracia ateniense de Pericles, ni de las sabias leyes de Licurgo, ni tampoco oleada ideológica que brote de la revolución francesa.

Ser libre es vocación del espíritu, y para llegar a serlo el hombre ha luchado desde una época que se pierde en la noche de los tiempos. Los caminos de la verdadera libertad se iniciaron aquel día de la prehistoria en que el hombre, o quizás el cuasi-hombre, toma en sus manos el pedazo de piedra o el zumo vegetal para dibujar sobre la superficie áspera de la roca o sobre la corteza del árbol el primer símbolo con el cual quiso expresar algo a sus semejantes.

A los hombres que con él conviven y quizás también a los extraños que pasen por la vera de su camino y contemplen su rústico grafismo, y a los que pasen por los caminos de la historia, a través de otras generaciones, y vuelvan sus ojos como lo hacemos ahora —a miles de años de distancia— para tratar de descifrar esos primeros mensajes del hombre primitivo que lucha por ser libre tratando, simultáneamente, de conservar el equilibrio en sus dos pies y de transmitir su pensamiento para afirmar su personalidad, su yo social, y proyectarse sobre sus semejantes.

Desde aquel remoto día se inicia la lucha del hombre para ser verdaderamente libre. Y con ese primer grafismo se inicia la historia de la humanidad, es decir, del hombre mismo. De allí, de ese lenguaje simbólico de la pictografía, pasará al alfabeto a través de las primeras grandes culturas, la fenicia-babilónica-sumeria, peregrinará por el pueblo egipcio, pasará a los persas y de allí a los griegos, quienes con su inigualable inventiva plasmarían, por fin, después de muchos milenios, el alfabeto que, complementado por los romanos, llegará hasta nuestros días de la tecnología avasallante, de la cibernética, de las computadoras y de los viajes espaciales.

Manes de la inteligencia humana que quiere ser libre, que lucha y se debate sin tregua para apartarse del cuadrúmano braquicéfalo, del antroipoide dominado por la fuerza de los instintos y la fiereza de la pasión, dos fuerzas incompatibles con las de la razón escrutadora y la experiencia consejera, caminos seguros hacia la libertad auténtica como actitud natural del intelecto y del espíritu, tan distinta a aquel fácil hacer, a aquel fácil obrar sin impedimentos ni restricciones, lejos de todo ordenamiento jurídico y de todo compromiso ético.

En posesión del alfabeto la humanidad podrá tener una memoria de sus hechos, una conciencia histórica de la cual carecen los demás seres del universo, un camino hecho y un camino por andar, unidos ambos en el ayer y en el futuro, a través del presente, una secuencia y una tradición que nos distingue como especie y nos compromete como materia en movimiento hacia mejores formas del ser, haciendo posible las leyes dinámicas de la evolución de la sociedad a través de la evolución del pensamiento.

Tenemos memoria social, es decir, aquella conciencia histórica que nos permite saber de dónde hemos venido, dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos por los caminos del cambio social. Y eso justamente es lo que nos permite ser libres, libres de espíritu, capaces de decidir las rutas como comunidad y como hombres.

Con el alfabeto el ser humano pudo consignar sus experiencias y transmitir las a las generaciones subsiguientes. Con el alfabeto el hombre va acumulando, como los constructores de las grandes pirámides, piedra a piedra, concepto sobre concepto, descubrimiento sobre descubrimiento, toda esa cantidad de ciencia, de arte y de tecnología con la que hoy estamos traspasando las barreras del sonido y desafiando la incógnita lejana de todas las estrellas.

Eso es ser libre. Proyectarse en el tiempo, sin medida y sin límites, como la flecha disparada por el arco. Partir del campamento de piedra o del habitáculo sustentado en los ramajes de la selva para llegar a la majestad de las catedrales góticas y seguir luego a los grandes viajes supersónicos en busca de las galaxias y de los últimos misterios que desvelaron al hombre en la noche de sus primeros tiempos, que le sirvieron de argamasa a las viejas mitologías y a las arcaicas religiones, frutos de sus propios temores, de sus angustias ancestrales y de su incontenible afán de conocer las causas supremas.

Pero del alfabeto a nuestros días, cuánto camino recorrido a través de la escritura, a través del libro, vehículo noble y hermoso del peregrinaje hacia el progreso del espíritu. Primero, esa escritura que es la representación gráfica del pensamiento humano, buscará afanosa en dónde posar su vuelo de siglos, a través de la piedra, de la madera, de los metales, del cuero mismo, de la arcilla, para pasar luego al papiro, al pergamino y al papel, en etapas sucesivas que son como peldaños en la historia misma de la cultura, vale decir, en la historia del hombre, único ser que puede producirlos.

De los primeros libros en tabletas cuneiformes, si libro puede llamarse una colección descosida de páginas de barro, a los libros manuscritos en el frágil papiro, en rollos milenarios conservados gracias a la bondad del clima seco y cálido de Egipto, gozaron algunos de los pueblos que fueron sus artífices; y de allí al pergamino, noble asiento de la escritura, para pasar luego al papel que inventara T'sai Lun, en la China Legendaria, apenas en el siglo segundo de la era cristiana.

Pero si libro llamamos, con cierto rigor formalista, únicamente sucesión de páginas atadas en forma alguna, cuántos hermosos libros manuscritos encontramos en la antigüedad, con preciosos grafismos de artistas anónimos que pusieron su alma, su espíritu, su fe, su emoción en aquellos de los viejos imperios de la Grecia clásica, de la Roma expansionista, de Bizancio dominante, de la Bizancio mística, del Oriente enigmático y celoso de sus descubrimientos, adornados con viñetas también a mano, en vívidos colores, por los iluminadores que hicieron honor al nombre de su profesión porque en vez de iluminar no solo el libro sino los senderos del progreso social, aquellos primeros senderitos de la historia llenos de significado emotivo, como la senda campesina que apenas se insinúa entre el bosque bajo la luz del crepúsculo o el brillo lejano de la primera estrella de la tarde.



Diamante sutra, el libro impreso más antiguo del mundo.

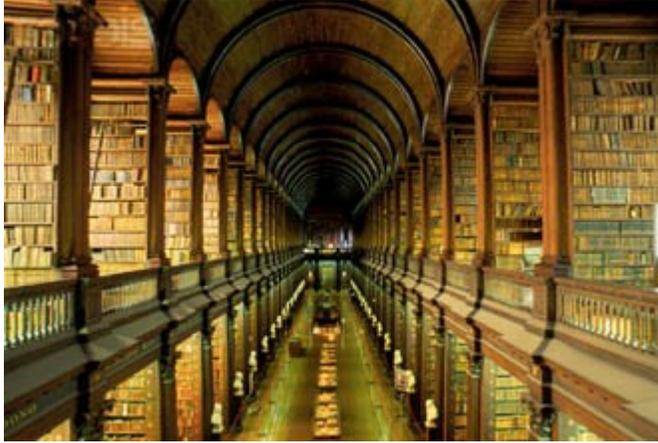
Algún día llegaron los bárbaros, tan libres de acción, de movimiento físico, pero tan esclavos de la tiniebla de sus instintos. Llegaron a Roma, a Génova, a Venecia, a Florencia, a las grandes ciudades europeas, sobre el lomo de sus temibles cabalgaduras y con el hierro de sus lanzas y de sus espadas, y el libro entonces sufrirá la acción de sus cascos furiosos y de su vesania implacable, y huye entre el fuego y la lujuria, entre el espanto y la sangre, huye a los conventos y a las cuevas y se esconde como cualquier ladrón atemorizado e indefenso, pero sigue silencioso su peregrinaje, contando incluso su propia odisea y el signo de sus perseguidores, porque en aquellas abadías ocultas, sumergidas en los bosques, escondidas entre la roca y el desierto, el hombre que a pesar de la barbarie sigue creyendo en los valores del espíritu, el hombre que quiere ser libre dentro del más grave cautiverio, sigue escribiendo en la clandestinidad, dejando el testimonio de su fe, abriendo un tanto las trincheras desde donde sus descendientes seguirán combatiendo contra el oscurantismo, contra la ignorancia y contra los apetitos groseros de los bárbaros de todos los tiempos.

Y así el libro podrá prevalecer, multiplicarse y difundirse para seguir su tarea de empujar el desarrollo de la humanidad encima de las hogueras de todos los Atilas y de los Torquemadas y de los Savonarolas.

En aquellos monasterios, como los antiguos de Subiaco y Montecasino y tantos otros, esparcidos por toda la Europa del medioevo, fueron los monjes quienes salvaron los tesoros literarios y filosóficos de la antigüedad clásica, merced a su fe y a su devoción por las cosas de la cultura.

Trabajando desde las primeras horas del amanecer hasta que la tarde se veía caer a través de las celosías y los ventanales, sobre los huertos y las quietas arboledas, entre las oraciones y los cánticos celestes, iban trazando con sus plumas y sus cañas, aquellas letras de belleza incomparable y aquellos dibujos de aquel azul y gualda, de aquel verde, de aquel rojo dorado, tan vivos como la fe que impulsó aquellas manos delicadas, dignas de multiplicar y transmitir los textos de Aristóteles, de Sófocles y Esquilo, de Homero y Jenofonte, de Horacio y de Virgilio.

Dignos también de elaborar aquellos famosos libros de horas, donde todavía palpitan las oraciones que elevaron a Dios con aquella misma fuerza con que dispararon hacia el cielo las agujas de sus grandes catedrales.



Una de las galerías de la biblioteca del Trinity College en Dublín.

Algún día la confección de los manuscritos desaparece para ser reemplazada por un tremendo y singular invento que aunque inicialmente asociado con la brujería y las artes diabólicas, terminará por imponerse: la impresión.

Primero serán bloques de madera compactos, con imágenes simplemente; luego el hombre avanzará complementando la imagen con pequeñas leyendas; finalmente, con el correr del tiempo, la leyenda terminará por desplazar la imagen como motivo central y apenas la aprovechará como elemento decorativo en el universo infinito de las letras.

Sobre esos bloques de madera, trabajados pacientemente con navajas y punzones, nacerán los primeros impresos en el Oriente, precursor de los grandes inventos, con las estampitas de la apasionada emperatriz japonesa Shotoku, en el octavo de nuestra era, para pasar un poco más tarde al famoso y venerable Diamante Sutra, primer libro impreso por el sistema de bloques que se conoce, merced al arte del chino Wang Chieh, quien hizo su impresión el 11 de mayo del 868 según consta en el mismo ejemplar, descubierto en la Cueva de los Mil Budas y conservado preciosamente en el Museo Británico.

Del árbol amigo del hombre, del árbol recio y centenario, con raíces en la tierra, se desprenderá la materia prima para los impresores, aquellos bloques duros y la pulpa del papel de nuestros días, a manera de nuevos frutos para que el hombre satisfaga el hambre de su espíritu.

La leyenda del paraíso había encontrado una realización pragmática; el árbol codiciado cuyos frutos nos haría sabios, llevaría por los caminos del conocimiento conquistando el poder de la ciencia, las humanidades y la tecnología.

Sus primeros frutos serán estampas de dioses, de profetas y de santos, naipes para deleite de príncipes y cortesanos, catecismos para alimentar la fe del hombre, hasta que en el siglo once vendrá el mesías de la imprenta de tipos móviles.

Es en la China legendaria, bajo el gobierno de Chieng Li, entre 1041 y 1049, cuando un hombrecillo del pueblo, un hombre de sandalias rústicas, tal como lo describe Chen Kua, escritor de esa época, un hombre del común llamado Pi Sheng, pone en práctica la llamada imprenta de tipos móviles.

Esto sucede cuatro siglos antes de que Coster y Gutenberg redescubrieran en Occidente el prodigioso instrumento que pondrá un par de alas al pensamiento del hombre.

Pero Sheng es uno de aquellos genios que nacen fuera de órbita, es decir, fuera de las circunstancias históricas que hacen posible la germinación de sus semillas. La imprenta de tipos móviles del hombrecillo de sandalias rústicas, no tuvo utilidad en la China de aquel entonces y el invento apenas fue curiosa flor de un día, transitorio juguete capaz apenas de maravillar la mente infantil de los hombres.

El invento sucumbió en el olvido que muchas veces es a donde van las cosas que se adelantan demasiado al ritmo de la historia. Sucumbió en parte por la estructura misma del idioma chino, carente de un alfabeto que hiciera fácil armar y desarmar físicamente el mecano de las ideas, y en parte también porque la difusión del libro en grandes cantidades era todavía una exigencia de la humanidad, un imperativo histórico que hiciera brotar y difundir la solución a la urgencia.

Pasaron varios siglos a partir de ese intento fallido. Hasta que se hace presente ese imperativo histórico que presiona la conciencia de las comunidades y pone a los hombres a buscar afanosamente la solución, a robarle el secreto a los dioses, de lo desconocido, con el mismo afán con que hoy se busca la cura para el cáncer o el remedio a los tremendos efectos de la contaminación del ambiente.

Y es entonces Johann Gutenberg el que primero se adelanta, entre todos los que buscan medios de reproducción fáciles para las ideas del hombre, y el primero que lanza el grito de "eureka" y pone en práctica la solución, aunque sea vendiéndola al diablo como tuvo que hacerlo, en verdad, con su usurero prestamista Johannes Fust.

Sucede esto hacia 1440, en las puertas mismas del Renacimiento. Puertas que van a abrirse de par en par, justamente por el impacto tremendo de la imprenta. Sin sospecharlo quizás, Gutenberg con su imprenta de tipos móviles y su prensa para los viñateros, y sus desvelos por fabricar tinturas consistentes, le abrió a la humanidad el camino franco para que la luz llegara a las conciencias y se iniciara con esa luz un peregrinaje espléndido por los arcanos de la sabiduría.

